

CELCIT. Dramática Latinoamericana 380

TALAMO

Inés Margarita Stranger

PERSONAJES: M (2) / F (2)

Juan

Antonia

Emilia

Arcadio

La acción se desarrolla en una habitación, que podría ser la habitación de un hotel del siglo pasado o la de una vieja casona de campo, en algún lugar de Latinoamérica. Hay una cama de bronce, una chimenea encendida, una mesa con dos sillas, un perchero, dos baúles. Sobre la mesa hay una hielera con una botella de champagne y dos copas.

El lugar tiene dos puertas. Por ellas, entrarán al mismo tiempo dos parejas de novios. Utilizarán el mismo espacio de acción, sin embargo no se ven ya que no conviven en el mismo plano de realidad. La pareja de Antonia y Juan son una pareja actual y moderna. Emilia y Arcadio es una pareja antigua.

Movimiento uno: La inquietud.

Juan: Deja de llorar, me ponen nervioso las lágrimas.

Deja de llorar, te digo, que ya ha sido suficiente con tus lágrimas expuestas a los comentarios de todos, a las risas, a las ironías de todos.

La novia no está contenta, no lo está. Desde lejos se puede ver que éste ha sido un matrimonio arreglado por su madre.

Emilia: Un rapto. Un sacrificio.

Juan: Ella sigue amando al otro, al que se fue, al que la abandonó en las puertas de la Iglesia.

Pero él sabía. Todo el mundo lo sabía. El la aceptó así. Fue su oportunidad, siempre la había querido.

Antonia: El novio no está contento. Contrae sus puños con fuerza.

Juan: No quisiera estar en su lugar. Me gustaría ver cuando se queden solos, porque hay una hora en que los novios se quedan solos y se cierra la puerta.

Antonia: Esa gente afuera. Rugiendo, aplaudiendo, emborrachándose por nuestra felicidad.

Arcadio: Deja de llorar, por favor.

Emilia: Soy la novia y debiera sonreír.

Antonia: Soy la novia y debiera agradecer los abrazos de la gente, las felicitaciones.

Soy amiga de tu madre, yo conocí a tu padre y se suceden los flashes, las luces, las flores y el arroz.

Soy la novia y debiera estar feliz.

Emilia: Pero siento vergüenza y no puedo enfrentar la alegría de los que me abrazan. Mis hermanas me sonríen y entonan canciones gastadas de tanto vivir en nuestra familia.

Arcadio: Hasta hoy todo parecía claro. Avanzábamos sobre una senda conocida, escrita desde hace años.

Emilia: Preparé una corona de flores pequeñas, cosí mi vestido con mis propias manos, durante meses bordé las sábanas de esta noche y tengo miedo.

Arcadio: Yo también te temo.

Antonia: Mi madre hacía listas, recibía regalos iba de un lado a otro y yo encerrada en mi cuarto me preguntaba si era correcto lo que hacía, si no llegaría el momento en que lamentara mi decisión.

Juan: Soy el novio y debiera estar feliz. Pero quiero emborracharme para no enfrentar esta noche en la que debiéramos ser felices.

Juan abre una botella de champaña que hay dentro de una hielera. Sirve una sola copa, la suya.

Arcadio: Cuando mi padre me dijo que había llegado el momento de buscarme una mujer, yo me puse contento.

La mujer es buena para el hombre- dijo mi padre.

No está bien que un hombre joven esté solo- dijo mi abuelo. Debe tener quién lo abrigue ahora que se viene el invierno y ambos -mi padre y mi abuelo- se pusieron a reír.

Yo conocía a una muchacha y me atreví a sugerir su nombre. Me pareció más fácil casarme con una muchacha conocida.

Ahora comprendo que jamás se conoce bien a la novia.

Movimiento dos: Los celos y el miedo.

Antonia se sienta junto a Juan y se sirve champaña. Intenta brindar.

Antonia: El hombre es el principio racional, la inteligencia. El hombre sabe adónde va, controla y maneja la situación. La mujer es el principio receptivo, es la intuición, los afectos y el corazón.

Brindemos por eso.

Silencio.

Juan: No puedo dejar de pensar en él. Sé que no debiera, sé que es injusto, pero no puedo dejar de pensar que estuviste con él, que lo besaste, que gozaste en su cama.

Antonia: ¡Mierda! Nunca seremos felices.

Juan: No puedo arrancarme la imagen de tu placer, de tu rostro desencajado, del dolor, del llanto y su placer escondido detrás de un grito urgente y violento. ¿Era así verdad? Te sentabas a horcajadas sobre sus piernas y gemías despacio y tu boca se abría y se hinchaba entre latidos de sangre y saliva.

Antonia: Eres vulgar.

Juan: ¿Qué palabras te decía? Cuáles eran las palabras que te hacían entrar en las ambigüedades del deseo. Eras su puta, ¿verdad?, te abrazaba violento sin darte tiempo a respirar. Te embriagaba con su fuerza de macho bravo y apretaba tus pezones con su boca y al paso de su lengua y de sus manos ibas venciendo la resistencia...

¿O era dulce y romántico? ¿Te besaba los pies? No, jamás te besó los pies. No son muchos los hombres que de verdad saben besar.

Antonia: Yo nunca te he ocultado nada.

Juan: Nunca se sabe. Siempre hay algo que se oculta, siempre hay algún secreto que queda escondido entre las palabras, algún matiz, algún detalle que se finge olvidado.

Antonia: Déjame, quiero descansar.

Juan: No, esta no es una noche para descansar. Esta es una noche para el amor. Ven aquí, sácame la ropa... estás llorando, perdóname, tienes miedo...

Antonia: No.

Emilia y Arcadio se miran y se aproximan. Emilia se sienta en una silla y lentamente levanta su velo de novia. Arcadio le saca los guantes.

Emilia: No te conozco- le digo.

Arcadio: No te conozco- le contesto- y comenzamos a bailar a tientas una danza agrietada porque llegar hasta ella será una tarea imposible.

Emilia: Dime quién eres - pienso sin atreverme a preguntarte, dime quién eres y por qué te sentiste con el derecho a arrebatarme de los días de la infancia.

Arcadio: Ella me mira y tengo miedo. Me interroga y se pregunta sobre sí misma.

Si pudiera hablar, le diría muchas cosas, pero la sangre me golpea la cabeza y todas las palabras pierden el sentido.

Antonia: Si él me pudiera escuchar, yo le hablaría.

Arcadio: Si ella pudiera abrirse paso entre las nieblas de esta noche yo la abrazaría y sería sencillo. Pero me mira y frente al temor de sus ojos, me encuentro desprotegido.

Antonia: Tengo miedo de la noche. De los fantasmas de los temores, de las ansiedades que esperan agazapadas en la noche... De esas sombras que se presienten observando, de la falta de contornos de la noche.

Arcadio desabrocha uno de los zapatos de Emilia, se lo quita lentamente.

Tengo miedo de esas noches de niña enferma, de mareos, de vértigos, de vómitos, de esas noches de fatiga y de fiebre, esas noches de pesadillas, de sueños agitados.

Juan: Tranquila, ven...

Antonia: Tengo miedo del desvelo. Abrázame.

Juan la abraza sólo un segundo, luego la suelta. Se saca la corbata y la chaqueta y la cuelga en un perchero.

Al mismo tiempo, la emoción entre Emilia y Arcadio se rompe por el temor de ella. Arcadio va hacia la ventana, la abre y fuma.

Emilia: La mujer de mi hermano era una mujer hermosa. Tenía los ojos grandes la frente amplia la sonrisa triste.

En la noche, recogida sobre sí misma miraba el río... y en secreto escribía a su madre y a sus hermanas. Yo la espiaba y la veía ajustar su vida a su nueva vida y su cuerpo se iba hinchando con una gordura extraña.

Cuando nació su hijo todo cambió. Mi madre y las otras mujeres se acercaron a ella y le hablaron entre susurros. Cuando el niño lloraba una carrera de mujeres alegres se escuchaba en toda la casa. Comenzaron los secretos, los consejos. Una a otra se iban confiando los milagros del agua de anís, del agua de arroz, que qué había que hacer si el niño no comía, que qué había que hacer si dormía poco.

La mujer de mi hermano ya era parte de nuestra familia.

Emilia va hacia sus baúles.

Movimiento tres. La fatalidad de la belleza.

Juan está sentado en la cama con la cara entre las manos.

Emilia está abstraída en sacar de sus baúles su ajuar de novia y ordenarlo, meticulosa: camisón de dormir, bata, zapatillas, sábanas, toallas.

Antonia se acerca a Juan y le habla en tono frívolo y encantador.

Antonia: Vamos, deja de girar sobre las mismas ideas, estamos juntos, hay luna llena, ¿qué más se puede pedir?

Juan: Todo.

Antonia: Todo es demasiado.

Juan: Ven, no te vayas.

Antonia: Estoy aquí.

Juan: Estás pero no estás.

Hay algo en ella que siempre se escapa. Una soledad, una tristeza disfrazada de sonrisa. La beso y ella me besa. Creo que la tengo, que está conmigo, pero abro los ojos y su rostro se pierde en una nostalgia difusa.

Emilia: Un espacio mudo, un silencio.

Arcadio: Una forma de frialdad. Una belleza que es imposible franquear.

Antonia: Todo lo que era un don pesa sobre mí. Mis piernas largas, mi boca, mi juventud. Cargo una maldición, siembro la muerte. Voy arrastrando el manto de la noche, voy arrastrando la fatalidad, la codicia del amor, el deseo de poseer. Todos los que me aman son infelices. Nunca podré tener las cosas sencillas que ponen contentas a las mujeres. Soy la envidia, soy la furia, soy el deseo. ¿No quisieras bailar?

Juan: No.

Antonia: No te gustaría estar en un salón y no conocerme, y no haberme visto nunca y no preguntarme nada, sólo sentirme y bailar quietito y montarnos en una canción sencilla que nos lleve lentamente por una nostalgia, un bolero tal vez. ¿No te gustaría olvidarte de tantas preguntas?

Antonia muy sensual canta una canción como la descrita. Juan se deja seducir y la toma para un baile que se va volviendo deseo.

Arcadio: Es ahora cuando el novio debiera hacer valer su derecho y llevar el rito del matrimonio adelante. Es este el momento en que el novio debiera ser fuerte, seguro, seductor, muy seductor. Debiera acercarse a ella, tomarla por la cintura y besarla suavemente, técnicamente, con los gestos precisos y estudiados de los actores de comedia.

Es ahora que el novio debiera llevar adelante su papel de macho bien plantado y coger fuertemente a la novia por las caderas y hacerla olvidar de su vida, de su casa, de sus recuerdos.

Las cosas ya no son como antes -debiera decirle- tu vida cambió pues yo te elegí entre muchas mujeres y me perteneces, he pagado por ti, a tu padre le entregué los novillos, las reses, los aperos. Con tu padre quedaron los bienes que te convierten en mi mujer y eso me da ciertos derechos.

Antonia ríe y rompe la relación que había creado con Juan. Juan la suelta bruscamente.

Pero no soy un violador, no me excita el olor del miedo ni me gustaría herirte con mi deseo.

Juan: Tú estás loca. Es imposible entenderte. Vas de la alegría al dolor como una maniática.

Antonia: ¿Y eso por qué? No se le dicen cosas tan feas a una mujer que se conoce en un salón de baile.

Juan: Déjalo Antonia. No me interesa seguir con esto.

Antonia: ¿Sabes cuál es tú problema? Tienes demasiada seguridad sobre todo, quieres estar tranquilo, quieres ser feliz... y eso es imposible, mon mari, la felicidad no existe, a veces existe el placer.

Antonia tararea la canción. Se sienta. Juan va de un lado a otro.

Emilia: Las horas pasan. La luna está en lo alto del cielo.

Arcadio: Es la estirpe lo que importa, es la semilla lo que no puede perderse. Un hijo y la abandonas -mi padre tiene las cosas claras-. No pido otra cosa de Ti que un nieto que haga correr mi linaje por los campos como un toro salvaje, alegre, violento. Pero tú siempre has sido un sentimental -bramaba- y era su desprecio lo que más me dolía.

Emilia: Y nosotros aquí acechándonos el uno al otro. Dijo mi madre que me acercara, dijo mi madre que le hablara, que le sonriera, que le fuera amable, que le hiciera las cosas sencillas.

Arcadio: Pero mi padre tenía razón. Yo no encuentro los gestos, las palabras. Nada de lo que he aprendido me sirve en esta noche que no tiene final.

Antonia: Las horas pasan, la luna está en lo alto del cielo.

Juan: Y nosotros aquí acechándonos el uno al otro.

Emilia: Pero no quiero sonreír. Yo tenía otros proyectos, iba a envejecer en la casa de mi padre al cuidado de los ancianos y él se cruzó y comenzó a seguirme. Adonde fuera, sus ojos negros me estaban mirando.

Arcadio: Si tuviera el valor, volvería a la casa de mi padre y le devolvería la novia que me regaló. Yo no soy el hijo que soñó tener.

Emilia: Y comenzaron los ofertas. Al principio mi padre se mantenía en el propósito de guardarme para su casa. Tú madre envejece, no se puede entregar a todas las mujeres. Pero iban llegando los regalos, primero un cordero de lana gris -mi madre tejió un rebozo-; luego una cabra recién parida -los hijos de mi hermano tuvieron leche fresca-. Las miradas de todos pesaban sobre mí como si

de pronto yo tuviera el poder de satisfacer todos sus deseos. Y ese rondar de su caballo, ese galoparme día tras día, noche tras noche.

Es un desperdicio quedarnos con la niña. Es hermosa y ése es un bien que dura poco. Si pasa el tiempo no nos darán nada por ella. Realicemos la ceremonia.

Movimiento cuatro. El intento.

Antonia enfrenta a Juan, irónica y seductora.

Antonia: Me pregunto si vas pasar toda la noche haciéndome recriminaciones. ¿No hay nada mejor que se te ocurra hacer? Hemos vivido buenos momentos. Otras noches has sido más amable. Somos amigos, ¿verdad?

Juan: *(Irónico, a su vez)* No, ya no somos amigos. Te recuerdo que nos casamos, firmaste ante un juez, hicimos una ceremonia, invitamos a tu madre, a mi familia, a los parientes...

Antonia: Que nos hayamos casado no cambia las cosas.

Juan: Yo creo que las cambia completamente. Tienes mi nombre, mi casa, mi lealtad.

Antonia: ¿Por qué siempre tienes que pedirme lo que no soy capaz?

Juan: ¿Y por qué crees que no eres capaz de quererme, Antonia? ¿Por qué crees que me voy a conformar con arrebatos, con "buenos momentos". ¿Por qué crees que no tengo nada que esperar?

Antonia: Ya vas a empezar de nuevo con los sermones, ¿es que no te aburres de predicar?

Juan: Antonia, yo no quiero vivir amenazado, no quiero vivir al acecho de tu alegría. Pensé que si aceptabas casarte conmigo estabas dispuesta a cambiar...

Antonia: Tú siempre quieres cambiarme, ¿por qué no me aceptas como soy?

Juan: Antes eras una muchacha dulce.

Antonia: La vida pasa para todos, tú tampoco estás igual.

Juan: Pudiste haberme esperado.

Antonia: Esperado, ¿por qué? Yo nunca me acordaba de tí. Cuando mi madre se encontraba con tu foto sólo me traía recuerdos vagos.

Juan: Ya lo ves. Te faltó confianza en nuestro destino.

Antonia: Odio ese aire profético y esa certeza tuya sobre mi vida y sobre nuestro futuro. Desde que nos volvimos a encontrar no has hecho más que suspirar con mi madre sus preocupaciones y hacerle promesas de mediocridad... y hoy día... ¿será que yo soy tonta? Los amigos de mi madre brindando y estrechando tu mano que lava mi honra. Me envenenan con su misericordia, escupo sobre su compasión.

Juan: No entiendo lo que hablas Antonia, estás invirtiendo todo lo que pasó. Tú estabas llorando.

Antonia: ¿Y qué tiene de malo llorar? ¿Por qué tienes que interpretar todo lo que hago? Amenazas mi libertad, vigilas todos mis movimientos, no dejas nada al azar, si estoy seria, si estoy llorando, si converso con un amigo o me estoy riendo. ¿Por qué no te dejas de tratarme como si estuviera enferma?

Juan no sabe que responder. Antonia va hacia la chimenea y echa un leño al fuego.

Arcadio se acerca a Emilia y le habla directamente por primera vez.

Arcadio: Hace frío, usted está tiritando. Podemos pedir que traigan más leña.

Emilia: No, por favor no llame a nadie.

Es verdad, siento frío, no puedo dejar de castañetear los dientes, tal vez tengo fiebre.

Arcadio: Tal vez tiene hambre. ¿Quisiera comer?

Emilia: No, por favor, no se moleste.

Arcadio: Dos veces la visité y usted no quiso verme, ¿por qué?

Emilia: No lo sé.

Arcadio: Yo pensé que tal vez estaba enojada o que no quería casarse, pero mi padre dijo que todas las muchachas quieren casarse y que su silencio seguramente era una forma de coquetería. Pero usted sigue callada, me gustaría saber qué es lo que piensa.

Emilia: Disculpe usted, no estoy acostumbrada a conversar con extraños. No son ideas las que tengo, son sensaciones o recuerdos, no podría precisarlo.

Arcadio: Usted no debiera considerarme un extraño, ahora soy su marido.

Emilia: Es verdad, lo lamento.

Arcadio: No es necesario que se disculpe, comprendo que este momento pueda ser difícil para usted.

Emilia: Sí.

Arcadio: Voy a preparar nuestra ceremonia. Es mejor seguir los consejos de los abuelos.

Emilia: Sí...

Arcadio extiende un mantel blanco en el suelo y pone sobre él una vela y su cuchillo.

Movimiento cinco. El dolor.

Antonia está frente a la ventana mirando hacia afuera.

Juan: Siempre supe que ella iba a ser mi mujer, desde que éramos niños y estábamos en el colegio y yo le amarré las trenzas en el respaldo de su silla y ella gritaba y me maldecía y sonó la campana y todos los niños salieron al recreo y yo la solté pero a cambio de un beso, siempre supe que ella iba a ser mi mujer.

Antonia: Yo no lloro por él, no hacen más que recordármelo, lloro por una nostalgia imprecisa, un desasosiego, unas ganas de romperlo todo y que la vida sea buena y distinta.

Juan: Ven, Antonia, acércate...

Antonia: Prefiero quedarme aquí, me gusta la noche. Me gusta esta luz azul que parece haber existido siempre.

Juan va hacia ella, sincero.

Juan: Tú tienes razón, yo no he tenido más que una idea y no he hecho más que empujarte a una situación en la que no querías estar.

Emilia: Mi padre no me dijo nada, nunca volvió a mirarme, yo buscaba sus ojos pero él nunca volvió a mirarme; fue mi madre la que me dio la noticia, mi madre la que me abrazó y me escondió sus lágrimas, mi madre la que me aconsejó, la que se lamentó de no haberme preparado mejor.

Juan: Perdóname, es verdad que me sentí halagado cuando tu madre se confió en mí y me recibió en su casa, pero nunca pensé que te estaba ofendiendo.

Antonia: Bueno, ya está. Yo no quiero pasarme la noche hablando de mi madre y de sus vergüenzas, supongo que ella hace lo que sabe o lo que puede...

Juan: Le he ofrecido todo lo que tengo y no la he convencido de mi sinceridad. Durante años sólo perseguí la idea de volver a verla. Cuando anunció su matrimonio no supe si alegrarme por saberla o estar triste porque se iba con otro. Después de su ruptura estaba contento de que la vida me ofreciera una oportunidad.

Antonia: Fuiste bueno conmigo y estoy agradecida... pero no tienes que recordármelo siempre.

Juan: No por favor, no ordenes mal mis palabras. Yo soy el que te necesita. Cuando no estás mi vida es tonta y mi trabajo sin un sentido, cuando tú llegas todo se vuelve ternura, todo es bonito cuando tú estás.

Antonia: Abrázame Juan y perdóname, yo quisiera hacerlo mejor.

Juan la abraza.

Emilia: Un hombre no elige una mujer para hacerla sufrir -dijo mi madre-, la elige porque la necesita para hacer su familia, levantar una tierra, poblar un territorio.

Tienes que estar tranquila y dejarte llevar. Ya verás que él sabe lo que tiene que hacer. Es un muchacho bueno, sus labios son tiernos y sus piernas son fuertes, ¿qué más se puede pedir? No va ser difícil que llegues a quererlo. La noche te va a ayudar, ya verás que la luna va a realizar su conjuro... y conocerás que es dulce tener un dueño. Ten confianza mí, niña, - me repetía llorando- todo va a estar bien en tu vida. Tu padre no puede haberse equivocado.

Arcadio: Ella está triste y callada no entiendo qué es lo que está esperando...

Emilia: El me mira y espera algo de mí.

Arcadio: ...cuando mi padre y mi abuelo me hablaban de estas cosas siempre se reían con sus recuerdos. Antes las muchachas sabían lo que tenían que hacer, debiera estar contenta de que un muchacho como yo la haya elegido en matrimonio. Soy fuerte, sé trabajar, no comprendo por qué no hace nada.

Movimiento seis. El pasaje inevitable.

Arcadio: Dijo mi padre que en cuanto estuviéramos solos usted me entregaría una granada.

Emilia toma la granada que tenía escondida entre sus cosas y se la entrega a Arcadio.

Emilia: Es verdad, perdone usted. Dijo mi madre que en cuanto quedáramos solos yo debía regalarle esta granada.

Arcadio: Y dijo que las partiera de un golpe y que nos traería suerte si, al hacerlo, los granos rojos manchaban su vestido. Sería una señal de fertilidad.

Arcadio parte la granada con un golpe de cuchillo. Luego, ofrece los granos a Emilia que come con cuidado. Los granos rojos manchan la boca de Arcadio que trata de aproximarse sexualmente a ella.

Emilia: Por favor... déjeme por favor...

Arcadio: Yo no quiero pasar toda la noche jugando a las escondidas con usted. Me imagino que entiende cómo son las cosas. Estoy seguro de que alguien le explicó en qué consistía casarse.

Emilia: Si usted dejara pasar un tiempo, un mes, una semana, esta noche siquiera...

Arcadio: Está asustada, es normal, he sabido que todas las muchachas sufren los mismos temores, pero venga abráceme, ya verá que todo sale bien.

Emilia: No, se lo ruego...

Arcadio abraza a Emilia, cariñoso en un comienzo, como ella lucha por zafarse, él se va volviendo agresivo.

Arcadio: Tranquila, venga aquí, usted no es el primer animal bravo que tengo que apaciguar... shttt... tranquila... venga aquí... que yo sé cómo tratar a las potrillas cuando se ponen chúcaras, no es difícil, tengo experiencia, hay que mantener firmes las riendas y resistir los corcoveos.

Emilia se arranca, se esconde, se defiende. Forcejean, se escucha el respirar de ambos, agitado. Antonia se asusta, presiente.

Antonia: Hace frío. La noche se ha llenado de fantasmas.

Juan: Tranquila, no pasa nada.

Juan cierra la ventana.

Antonia: La luna se detuvo en el cielo... Escucha... Se hizo el silencio.

Juan: Ven, ¿qué pasa? Estás tiritando.

Antonia: Un viento helado se cuele por todas partes. Estos muros, estas paredes...

Juan: Toma abrígate, estás cansada.

Antonia: ...es como si de pronto el tiempo se hubiera detenido...

Juan: Antonia, por favor, tranquila...

Antonia: ... las rodillas se doblan, el suelo se aleja y ondula...

Arcadio persigue a Emilia por toda la habitación. Está cruzado por una sexualidad cada vez más violenta.

Arcadio: Venga... usted no puede oponerse.

Emilia: No me toque se lo ruego, esta noche no por favor... deme tiempo para acostumbrarme a usted, para tomarle confianza... yo sé que después va a ser distinto, le prometo que después, en unos días más...

Arcadio: No voy a aceptar que usted me humille. Todos los hombres del pueblo esperan ver las sábanas de esta noche expuestas en la ventana, ¿quiere que se rían de mí?, ¿quiere que les diga que estuvimos conversando?, ¿quiere que les diga que pasamos la noche mirándonos a los ojos, intentando adivinar algo el uno del otro?

Antonia llora. Arcadio logra atrapar a Emilia, ella se defiende con brazos y piernas.

Emilia: Déjeme... Déjeme se lo digo...

Arcadio: ¿Usted quiere que yo vaya donde mi padre y le diga que no fui capaz de realizar el amor como un hombre?

Arcadio rompe la ropa de Emilia y la viola.

Antonia: Hay algo hostil, algo incierto, un dolor antiguo comenzó a humedecer estas paredes... un dolor antiguo, más antiguo que mí misma...

Juan: Ven abrázame... todo está bien.

Antonia: ¡Déjame! ¡No me toques!... Tengo miedo de ti y de tus palabras bondadosas...Tengo miedo de ese rostro tuyo que alcanzo a entrever, de esa otra mirada. Sé que escondes un corazón violento.

Juan: Yo no aguanto más, Antonia, tú me vas enloquecer... siempre estás buscando de mí lo peor, lo más violento, lo más cobarde... ¿Acaso quieres que te zamarree como a una niña?, ¿o quieres que te golpee?, ¿estás buscando que te mate? ¿Qué es lo que quieres que yo haga?

Antonia: ¡No te acerques!

Antonia toma una copa y se la lanza a Juan. Juan se protege la cara y la detiene con la mano y se corta.

Arcadio termina de violar a Emilia y se echa de espaldas a descansar.

Se produce un largo silencio.

Luego, Emilia se levanta y lentamente va recogiendo sus ropas que han quedado regadas por la habitación.

Emilia: Tengo la furia de la naturaleza, siento en mi vientre el grito de la tierra y quiero parir una venganza. Quiero gritar y maldecir. Reniego de él, de mí, de nuestro futuro. Reniego de mi cuerpo y de mi deseo.

Antonia: Perdóname, perdóname Juan, no quería hacerte daño... déjame ver, estás sangrando...

Juan se aprieta la herida. Antonia busca agua limpia y un pedazo de sábana para curar la mano de Juan.

Emilia: No lo voy a mirar jamás a los ojos. Seré para él como una sombra.

Tendrá su comida, su ropa limpia, sus botas lustradas, sus puños almidonados pero nunca jamás va a conocer mi deseo.

Llevaré su casa. Los paños de nuestros hijos se secarán al sol y al viento y serán los más limpios que haya habido en el pueblo. Viviré al interior de mi silencio como una hormiguita, siempre en un quehacer, siempre en una tarea.

Y cuando él no esté, cuando haya salido al trabajo, entonces soltaré las amarras de mi vestido y buscaré el placer en las flores, en los parrones, en el olor de la tierra húmeda. Conoceré el placer en amasar el pan, en abrazar a un niño, en tomar su mano para ayudarlo a escribir, a sumar, a restar... Y seré feliz hasta que él regrese.

Entonces volveré al silencio.

Emilia se viste con ropa corriente y se sienta en una silla a esperar que llegue la mañana. Sus cosas ordenadas y su maleta consigo.

Movimiento siete. La verdad.

Antonia cura a Juan, lo venda.

Antonia: Perdóname Juan, te duele, estás bien...

Juan: Esto no puede seguir, Antonia... estamos siempre cruzando ese umbral en el que somos capaces de hacer cualquier cosa... yo no quiero ser cruel contigo, no quiero que nos arrastremos hacia esa zona del horror que es mejor no conocer.

Antonia: ¿Tienes temor?, ¿tú también tienes temor de ser cruel?

Juan: Sí, Antonia, todos podemos ser crueles. Todos lo hemos sido. Pero podemos rogar que la vida no nos ponga en situación de serlo. Hay circunstancias... Uno no sabe lo que puede hacer en la desesperación.

Arcadio: Hubo una vez un hombre lobo enamorado de una mujer pájaro.

En primavera, cuando ella regresaba desde los mares del norte, él la visitaba y le cantaba las viejas canciones de los lobos que hablan de guerra y de soledad.

Una noche el viento tumbó una rama del árbol donde la mujer pájaro dormía y el hombre lobo pudo llegar hasta ella. Se acostó a su lado y se dejó envolver por su perfume. El corazón le latía en la garganta. No debía tocarla, pero el deseo lo asaltó con tanta fuerza que acercó su boca hasta el cuello blanco de la dormida. No fue más que un beso y la mujer pájaro se quebró como un cristal. Desde entonces él aúlla por el bosque llevando el cuerpo destrozado de su mujer.

Arcadio se viste con ropa corriente y toma un lugar de pie detrás de Emilia.

Antonia: Ahora que el dolor se hizo presente estamos en paz, ya no hay riesgo en que seamos nosotros mismos.

Juan: Hay cosas que dices y no comprendo, palabras que me traen recuerdos, una especie de culpa antigua que no quisiera seguir cargando.

Antonia: Ahora vamos a olvidar, estoy segura de que nunca más vamos a transitar por el misterio. Si me perdonas voy a ser tu mujer para siempre, si no me perdonas quedaremos atados y nunca seremos felices.

Juan: Está bien, vamos a la cama, me gusta que comiencen las promesas....

Antonia pasa delante de Emilia, le acomoda la cartera, le arregla el sombrero.

Antonia: Esta noche me he vuelto vieja. Esta noche el silencio lo cubre todo y una gran lucidez hace brillar los objetos de esta nueva casa. Sé que aquí viviré por muchos años. Lo que fui, lo que seré.

Una anciana me observa, acurrucada frente al fuego y me sonríe. Aún no sabes nada- me dice. Sólo crees en la naturaleza del cuerpo. Es la vida -le contesto-, la vida la que me abraza. Y la anciana atiza el fuego, indiferente y deja pasar los días y la lluvia, los trabajos, deja correr las noches que se consumen en esta noche que lo anticipa todo, esta noche que alberga las noches que vienen, las alegrías futuras y las penas, esta noche que contiene los recuerdos.

Sé que soy la que recuerda, sé que esta noche existía en mí desde hace mucho tiempo. Los hijos, la alegría, la muerte y el dolor, la enfermedad y también la abundancia. Todo se presenta y se anticipa.

Juan y Antonia van a la cama, se abrazan. Se tapan con las sábanas. Encuentro físico entre ellos, sutil, bello.

Emilia: Esta es la noche de todos los enigmas. Es la noche de los conjuros, de los misterios. Es la noche del insomnio, la noche del recuerdo.

Arcadio: Esta es la noche de todos los tiempos.

El amor es una lucidez extraña, permite recordar historias pasadas. Soy el guerrero, el noble, el prisionero. Soy el señor feudal que cobra su derecho. Soy el caballero que busca su dama. Soy el que siempre la ha buscado.

Baja la luz y se produce un largo silencio en el escenario. Luego, la luz del amanecer va entrando por las ventanas.

Movimiento ocho. El amanecer.

Antonia y Juan duermen en la cama.

Arcadio y Emilia formales como "fotos de familia".

Arcadio: Las mujeres le dan mucha importancia al amor. Las cosas son más sencillas. Hay vida, hay trabajo, hay familia, qué más.

Mi padre me entregó unas tierras en el llano junto al río. Son tierras buenas y nos darán qué comer.

La leña la encontrarás en el bosque vecino. Sobre la vertiente vamos a construir un pozo. Seremos felices ahí.

Emilia: Mi madre me entregó una olla, una vasija, un sillón, una frazada, una colcha, un mortero, un mantel, una silla, un tenedor, una bandeja, una cama, una escoba, un colchón, un jarro, una tetera, un televisor, una cuchara, una sartén, una cazuela, un florero, un tapete, una plancha, un salero, un cuchillo, un vaso, una copa, una servilleta, una alcuza, un sofá, una radio, una toalla, un jabón, una pala, un plumero, una cortina, una lámpara, un libro, una cocina, un refrigerador, una mesa...

La luz va bajando.

FIN

Inés Stranger. Correo electrónico: istrange@uc.cl

Todos los derechos reservados
Buenos Aires. 2012

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar